

aunque no disimuló su oposición a algunos movimientos católicos como es el caso del Opus Dei. También nos permite aproximarnos de manera muy notable a la polémica que levantó su divorcio de la que desde hacía treinta y cuatro años era su esposa, María Antonia Clemente.

Hay que señalar, en este sentido, que los documentos se encuentran divididos en lo que Puente Ojea llama «fases». La primera de ellas, que va desde septiembre de 1985 hasta febrero de 1987, se caracteriza por un intenso diálogo de Puente Ojea con la Secretaría de Estado y con la Curia vaticana, diálogo que, según el embajador, fue claramente «torpedeado» por el Nuncio Tagliaferri y que comenzó a empeorar a partir de febrero de 1986; la segunda, que va desde febrero de 1987 hasta agosto de ese mismo año, donde las relaciones se enrarecen de manera definitiva como consecuencia del inicio del proceso de beatificación de los mártires religiosos de la Guerra Civil española, que Puente Ojea veía como algo prematuro y, en parte, injusto; y una tercera, de agosto a septiembre de 1987, donde se hace efectivo el cese de Puente Ojea. Además, el autor concluye la obra con un interesante epílogo donde reflexiona sobre la figura del diplomático profesional, reflexión que es brillante, pero que muestra más de una contradicción entre lo que es la concepción vital de Puente Ojea y la labor de un hombre al servicio de la política exterior.

En lo que no se muestra Puente Ojea tan dialogante es en determinadas consideraciones, como cuando califica los acuerdos parciales de 1979 de «denigrantes para el interés y el decoro de España»; al Opus Dei de institución «de estremecedor integrista pragmático»; al Nuncio Tagliaferri de «belicoso»; a la Iglesia de «institución insaciable en la extensión de su dominación espiritual y temporal», y a Francisco Fernández Ordóñez de «hombre amoral y versátil». Lo que pone de manifiesto el profundo rencor del diplomático no sólo hacia los sectores más conservadores de la Iglesia, sino también hacia su propio Gobierno y hacia las instituciones españolas, que le dejaron desprotegido y que perdieron la firmeza que habían sido capaces de mostrar con su nombramiento en el otoño de 1985.

Nosotros consideramos que la presente obra nos muestra a un Puente Ojea culto y formado, hábil y sutil en el manejo de las relaciones diplomáticas, pero víctima de una excesiva *ideologización* que es la que seguramente hizo de su gestión en Roma una empresa muy difícil, por no decir prácticamente imposible. Con todo ello, esta obra constituye un instrumento indispensable para el estudio de las relaciones Iglesia-Estado en la época de gobierno socialista en España.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

MANUEL LUENGO, S.I., *Memorias de un exilio. Diario de la expulsión de los jesuitas de los dominios del rey de España (1767-1768)*. Estudio introductorio y notas de Inmaculada Fernández Arrillaga. Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2002, 873p. ISBN: 84-7908-639-4.

Algunos jesuitas que sufrieron la expulsión de España por Carlos III escribieron diarios sobre aquel suceso. El más extenso fue el del P. Manuel Luengo (Nava del Rey,

Valladolid 1735-Barcelona 1816), que narró con todo detalle los acontecimientos de los que fue testigo, durante cuarenta y ocho años, desde el día de la expulsión (2 de abril de 1767) hasta el retorno de los jesuitas a España en 1815. El original de este inmenso documento se encuentra en el Archivo Histórico de Loyola. Consta de 62 tomos manuscritos del *Diario* propiamente dicho, más 26 de *Colección de Papeles Varios*, y un *Compendio del Diario*. El Diario de Luengo es de obligada consulta para los historiadores de la expulsión de los jesuitas y de su actividad cultural. Para facilitar el manejo del Diario completo existen, en el Archivo de Loyola, varios volúmenes de índices: nombres por orden alfabético, biografías, noticias literarias (5 tomos), noticias de Roma, noticias domésticas, relación de expulsos y secularizados, nombres de personas no jesuitas, etc.

La obra que presentamos contiene la transcripción de los primeros tomos del Diario, relativos a los dos primeros años del exilio, 1767 y 1768. Ha sido publicada por la Universidad de Alicante, donde un equipo de investigadores, dirigidos por el profesor Enrique Giménez López, ha realizado importantes estudios y publicaciones científicas sobre la historia de la Compañía. Uno de los miembros del equipo de investigación es Inmaculada Fernández Arrillaga, que ha dedicado su tesis doctoral a la obra del P. Luengo. Nadie mejor que ella para llevar a cabo esta edición de los primeros volúmenes del magno *Diario*, que ojalá se complete, en años sucesivos, con los siguientes.

El *Estudio introductorio* (p.15-62) contiene una valoración del *Diario* en su conjunto y una biografía del diarista. Un *Diario* de tal magnitud no podía dejar indiferentes a los historiadores que lo utilizaron, jesuitas en su mayoría. La editora aduce las críticas positivas y negativas que mereció. Entre los críticos más severos recuerda al P. Batllori, que considera a Luengo cerrado y antipático, y al P. Olaechea, que lo califica de maniqueo y sectario. La Doctora Isabel F. Arrillaga observa, con acierto, las perspectivas desde las que escribió el diarista; y distingue el subjetivismo de sus criterios, lógico en un expulso, del conjunto de las noticias históricas que transmite con fidelidad. Además del oportuno *Estudio introductorio*, la editora ha redactado las notas del texto, con útiles referencias a otros los pasajes del Diario (se ha deslizado algún lapsus en las notas 26 y 134), y una bibliografía muy completa en la que, sin embargo, se echa de menos la mención de los tres tomos de J. A. Ferrer Benimeli, *La expulsión y extinción de los jesuitas según la correspondencia diplomática francesa*.

La biografía de Luengo, que se nos ofrece en la introducción del libro, se extiende sobre todo en los dos primeros años del exilio. Esta detención en los años 1767 y 1768 (cuando Luengo era un joven sacerdote de treinta y dos años) es oportuna, porque equivale a un resumen del volumen que se publica. La aventura de los expulsos, en los dos primeros años de su exilio, se resume en las siguientes etapas. Detención de la comunidad del Colegio de Santiago y su traslado a La Coruña, donde se reúnen las demás comunidades de Galicia. Embarque para unirse en El Ferrol con los otros barcos que transportaban a los jesuitas de la Provincia de Castilla. Viaje por mar hasta Civitavecchia. Prohibición de desembarco en los Estados Pontificios, travesía hasta la isla de Córcega, y permanencia en los barcos hasta conseguir permiso de desembarco en la isla. Instalación y penosa estancia en la ciudad de Calvi, mientras arde la guerra entre corsos, genoveses y franceses. Salida de Córcega, con todos los

jesuitas de España, y penosa navegación entre lluvias y tempestades hasta las costas genovesas. Viaje por tierra hasta asentarse en los Estados Pontificios. Instalación del Colegio de Santiago en la gran casa de campo de Bianchini cercana a Bolonia.

El mismo P. Luengo ha explicado las características de su obra en un prólogo que redactó en 1782, quince años después del comienzo de su Diario, y nueve años después de la supresión de toda la Compañía por el papa Clemente XIV. Es un prólogo interesante en el que el diarista habla de las características de su obra y responde a los reparos que se le podían hacer. En este prólogo (p.63-80 de la presente edición) justifica la abundancia y variedad de las cosas narradas, pues «a un diarista viajante no hay objeto ninguno que le deba ser extraño», «todo entra en sus apuntes, y todo puede y aun debe entrar». El contenido de su Diario, «la sustancia y cuerpo», está formado por tres clases de informaciones, que él llama «sucesos, conjeturas y reflexiones». El análisis epistemológico que realiza sobre el crédito que merecen esas informaciones revela bien al profesor de Lógica que era Luengo. Nuestro diarista distingue los sucesos realizados en su presencia (cuya veracidad asegura), y los que refiere como contados por otras personas, entre los que unos merecen crédito absoluto, mientras otros no lo merecen tanto. Los hechos y sucesos, en todo caso, se sitúan en un plano muy distinto al de las conjeturas y reflexiones personales, cuya interpretación deja «al arbitrio y juicio de los que las lean» (p.72). Nuestro diarista, tan criticado por la cerrazón de sus juicios, no los imponía de manera intransigente. Reconocía, incluso, el exceso de sus propias reflexiones, sentencias y exclamaciones, aunque se disculpaba alegando la pasión con que vivió en carne propia aquella dura experiencia, «que le toca al mismo que le escribe». En esos juicios apasionados el diarista reconoce que no actúa como historiador, sino como persona directamente afectada: «muchas, las más, y acaso todas las reflexiones y sentencias que con ocasión de este y del otro suceso se hallan en este Diario, no tanto presentan nuestro modo de pensar y de sentir en calidad, por decirlo así, de historiador o diarista, cuanto nuestros pensamientos y afectos como de persona que entra y tiene parte en aquel suceso; y aun podemos añadir que, por lo regular, expresan también los sentimientos de todos o de la mayor parte de los que han participado en aquel hecho» (p.73). Queda clara la distinción entre los testimonios objetivos del cronista, y sus opiniones y sentimientos personales, que podrían considerarse subjetivos, pero que no dejan de reflejar la mentalidad o el sentir mayoritario de los jesuitas expulsos. En palabras de Luengo, «este género de reflexiones no se deben mirar como adornos añadidos a la historia, sino como la historia misma». Esa mentalidad deberá, sin duda, someterse a la crítica de los historiadores, pero no deja de constituir un hecho histórico al reflejar la realidad del ambiente emocional creado por la expulsión.

También el estilo de Luengo ha merecido censuras. El diarista se disculpaba, en su prólogo, de la falta de elegancia de su estilo, debido, según él, a que escribía su obra para uso privado, no para ser publicada. De ahí procedía la llaneza y claridad, la sinceridad y la acrimonia. Tampoco disimulaba el fin para el que escribió aquel Diario, que se convirtió en la ocupación de su vida. Lo hizo «para servir algún día, aunque sea poco a la historia sincera y verdadera de la presente persecución y, por consiguiente, a la exaltación y gloria de la abatida, desterrada, pisada y extinguida Compañía de Jesús, nuestra tiernísima, estimadísima e inocentísima Madre» (p.79). Es evidente que este fin condiciona todo el contenido del Diario. Es la clave que debe

tenerse en cuenta para interpretarlo. En este caso es la voz de los vencidos, que merece ser atendida y entendida.

El interés histórico del Diario de Luengo es evidente. Primero, por el carácter de crónica histórica que aporta multitud de sucesos, datos, curiosidades y descripciones de indudable valor. Segundo, por el carácter de historia apologetica, que refleja mentalidades, creencias, fidelidades y entusiasmos. Esta mezcla de contenidos, escrita al ritmo lento de los días interminables, produce en el lector impactos desiguales. Hay muchas páginas penosas, reiterativas, llenas de hojarasca retórica. Pero hay otras muchas en las que la narración discurre con fluidez, animada por un vocabulario rico y expresivo, en el que no faltan golpes de ingenio y toques de ironía. Sería interminable la enumeración de las muchas descripciones memorables. La salida de los jesuitas de Santiago a tambor batiente entre filas de soldados, el embarque de los expulsos en buques, donde fueron hacinados como si fueran «sacos de lana o fardos de bacalao», las emociones de la travesía, «saliendo de España, nuestra patria, sin saber cuándo se nos permitirá volver», el «horrible y espantoso trueno» de la negativa del Papa a acogerlos en sus costas, el desembarco en Calvi, donde «nos tiraron y arrojaron en esta playa como si fuéramos malhechores». Merece destacarse el verismo con que se describe la vida en el barco y las comidas a bordo (p.213-233), y las estrecheces, miserias, enfermedades, tercianas y diarrea «desenfrenada» que padecieron en Córcega (p.334-350). Sólo por los detalles costumbristas, descritos por un viajero curioso que cuenta todo lo que ve, el Diario de Luengo es una fuente histórica llena de novedades.

El jesuitismo de Luengo se manifiesta en todos los detalles. Estaba absolutamente convencido de la inocencia de la Orden. Por eso censura a todos los enemigos, excepto al rey engañado, «que está muy lejos de comprender estas consecuencias de su grande determinación de desterrar a los jesuitas» (p.584). En cambio, resalta todos los hechos que confirman la excelencia y continuidad de la Compañía en medio de la adversidad. Entre estos hechos destaca la consternación y cariño del pueblo, la regularidad de la orden, que mantiene su organización, sus estudios y sus devociones (Sagrado Corazón), la fidelidad heroica de los novicios y de los jesuitas más ilustres (Isla, Idiáquez, Pignatelli, Calatayud), las noticias que le llegan de oídas o por cartas, y las supuestas profecías y milagros que avivaban la mecha humeante. Los elogios que hace a los difuntos en la Compañía contrastan con las censuras que larga a los jesuitas huidos y secularizados. Aunque censura a los disidentes, no oculta la existencia de los mismos, con lo que ofrece un testimonio que revela, a contrapelo, la crisis interna que padecía la Orden en aquella situación límite, que estallaría con la supresión pontificia de 1773.

Con la publicación del Diario del P. Luengo se nos facilita la consulta de un documento histórico que ilumina, desde la perspectiva de los perdedores, uno de los hechos históricos más discutidos y relevantes del siglo de las Luces, y aporta preciosas noticias sobre los personajes, la cultura, las instituciones, los viajes, usos, costumbres y mentalidades de hace dos siglos. Inmaculada Fernández Arrillaga se merece los mayores elogios por la edición de este volumen, que la Universidad de Alicante nos ha servido en una pulcra edición.—MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ.